

¡He aquí lo que importa!

Clase Magistral de Giuliana Contini
18 de mayo de 2019

I

La idea del título me la dio un estudiante de la última graduación. Subió a Facebook una carta de agradecimiento, por lo que había aprendido en el curso de *Hitos del arte*, que terminaba con esta cita del crítico George Steiner que sintetiza, de forma admirable, lo que considero esencial en la enseñanza: ¡Indicar lo que vale!

Quiero detenerme un momento a reflexionar sobre este detalle, porque me permite anticipar de forma concreta, a través de una imagen —casi como en un boceto— lo que deseo comunicarles.

Aquí los pasos de lo que pasó y de lo que me hizo comprender. Yo, iniciando el semestre, presento el curso de *Hitos del arte* y leo una cita de Steiner, la leo con entusiasmo porque la encuentro genial. Luego, a lo largo del curso intento vivir lo que Steiner sugiere y favorecer que los artistas que vamos conociendo sean un encuentro para los estudiantes y, quizás, la posibilidad de nuevos amigos.

Ellos entienden lo que pueden — ¡a veces parece nada! — y, después de años, uno de ellos me agradece usando las palabras que le he enseñado y que ha hecho suyas. Esto me confirma una vez más en el valor y la utilidad de mi trabajo, me libera de posibles desalientos y de esas tentaciones nihilistas tan frecuentes en el adulto —de las cuales, gracias a Dios he sido preservada— y me lanza una vez más a la gran aventura del “riesgo de educar”.

Pero volvamos a la cita y leámosla enteramente.

Somos peces pilotos, esas extrañas y minúsculas criaturas que hacen de exploradores, que preceden al gran tiburón o a la ballena y avisan: ¡qué llega! Cuando estuve en África en una reserva, vi esos preciosos pajaritos amarillos que se posan en el rinoceronte. Y gorjean como locos para advertir que se acerca el rinoceronte. Pues bien, un buen profesor, un buen crítico, declara: “He aquí lo que importa ¡Y he aquí por qué! Leed esto, os lo ruego, leedlo. Id a comprarlo, seguidlo.

Y escuchemos también otros acentos del mismo agradecido entusiasmo.

“Creo que solo se puede enseñar el amor de algo, yo he enseñado no literatura inglesa sino el amor a esa literatura, mejor dicho... el amor a ciertos libros, a ciertas páginas, quizás a ciertos versos. ... Es decir, lo que hace un buen profesor es buscar amigos para los estudiantes. Lo importante es revelar belleza y solo se puede revelar belleza que uno ha sentido.” (Borges)

“Mi existencia ha sido plasmada por encuentros, ciertas personas han sido luces en mi camino, poco importa el momento histórico en que ha vivido, Juana de Arco ha sido una auténtica fulminación” (R. Pernoud)

“La vida es abierta por naturaleza... el latido de la vida exige un intersticio y a través de él puede colarse la plenitud de un encuentro” (Ernesto Sábato).

Y, finalmente, el testimonio de Maria Judina, la gran pianista rusa que conmovió a Stalin con su ejecución del concierto para piano N.º 23 de Mozart.

“He querido celebrar con todo el corazón y con toda la mente las muchas personas con que he estudiado, de las que he aprendido... frente a las que me he inclinado, por las que me he entusiasmado y he intentado seguir” (María Yudina)

Percibo todas estas voces, que hablan de encuentro, amistad y gratitud, como un flujo de juventud y esperanza que atraviesa la historia, con todo su lastre de negatividad y de dolor, ofreciendo a nuestra libertad la alternativa siempre posible: el bien y la belleza.

Me siento, junto a tantos estudiantes, parte de este flujo recreador.

II

En este sentido, parafraseando el título de un conocido ensayo de Cioran, *Ejercicio de admiración*, podría decir que concibo la docencia como un contagio de admiración: admiración por todo lo que es grande y bello y merece ser conocido, porque aporta al reconocimiento de la dignidad de la condición humana y, por lo tanto, de nuestra verdadera estatura.

Admiración e investigación

Admiración y asombrada reflexión frente a ese misterio insondable que es el hombre, ese “abismo sin fondo... que forma el alfa y la omega de todo nuestro razonar” (Thomas Mann).

El hombre “tan grande y tan pequeño/tan alto y tan bajo” (Peguy) cuya naturaleza última suscita el dramático interrogante de Leopardi: “Naturaleza humana, ¿cómo si tan frágil y vil en todo/ si sombra y polvo eres tan alto sientes?” a la que el poeta contestará, a pesar de su filosofía racionalista, con ese humilde: “misterio eterno de nuestro ser” que constituye el vértice de la razón.

Admiración y dedicación

Por esa permanente posibilidad que hay en cada hombre: la opción de no obedecer a las imposiciones de la mentalidad dominante, de no alienarse a las modas de turno sino de abrirse con libertad y pasión a lo que es capaz de responder a los verdaderos anhelos del corazón.

Admiración, porque no puede que ser digno de estupor y gratitud el hecho que un joven, a distancia de siglos y kilómetros y a pesar de los inevitables condicionamientos culturales, vibre frente a la grandeza de Dante, Shakespeare, Miguel Ángel ...y se sienta provocado por ellos en su humanidad.

Digno de admiración y del más grande y afectuoso cuidado.

¡Cuántas confirmaciones y ejemplos conmovedores en estos años de docencia, cuántas miradas llenas de inteligente asombro!

Pero, seguramente, el ejemplo más impresionante, en este sentido, es el episodio que Primo Levi recuerda en su novela autobiográfica *Si este es un hombre*. En el lager de Auschwitz, frente a la degradación inhumana en que se encontraba junto a tantos compañeros, mientras espera, en fila, su plato cotidiano de sopa aguada, se esfuerza por recordar los versos de Dante —aprendidos en el colegio— con que Ulises anima a sus compañeros a ir más allá de las columnas de Hércules- “Fatti non foste a viver come bruti/ma per seguir virtute e canoscenza”¹.

Lo logra y siente que esa — ¡esa! — es su verdadera estatura y... vuelve a sentirse hombre ¡incluso en Auschwitz!

He aquí el verdadero sentido de la cultura: acercarnos a este movimiento de hombres que han sido leales hasta el fondo con la vida y sus interrogantes y nos animan a hacer lo mismo.

¡Y qué urgente y vital es hoy, como nunca!

¿Dónde sino, un joven podrá mirar? ¿A qué dirigirse para aprender la dignidad inmensa de su persona?

Ya lo percibía proféticamente Dostoievski, cuando, refiriéndose a los jóvenes de su tiempo, afirmaba: “Nuestra joven generación se encuentra en la situación que no le permite en ninguna parte, en absoluto, encontrar indicación alguna con respecto al sentido supremo de la vida... Nada positivo, es decir nada en qué creer, nada que respetar, nada por lo que esforzarse”

III

Pensando en mi trayectoria como docente, también a través de los recuerdos de los alumnos, me doy cuenta de haber estado siempre, desde los primeros años de enseñanza en el colegio, cierta de que esto, finalmente, es lo que importa.

Una certeza que me hizo atrevida y adecuadamente rebelde frente a las varias disposiciones ministeriales y al despotismo de las modas culturales de turno. A través

¹ “No haber sido creados para vivir como brutos sino para seguir virtud y conocimiento”.

de cuántas he pasado: del nocionismo a ultranza de mis años de liceo a la identificación del trabajo cultural con la militancia política del 68.

Sin embargo, tampoco en esos años, en que toda certeza ha sido contestada y puesta en tela de juicio, he dudado en proponer las lecturas y los ejemplos que me apasionaban y... ¡siempre ha sido la posibilidad de un descubrimiento, de un diálogo, de un trabajo!

En este sentido, me preocupa y me genera sospecha cierto obvio consentimiento de tantos docentes, frente a las normas estatales o a las brillantes iluminaciones del último “especialista” de turno, porque nunca y bajo ningún pretexto, un “maestro” puede delegar el juicio de lo que “vale la pena”, ya que se trata de su primera responsabilidad. Y ¡qué responsabilidad!

“La educación —observa realísticamente Ernesto Sabato— no está independizada del poder... esto en un cierto sentido es inevitable... porque de lo contrario formaría a magníficos desocupados... pero si esta no se contrabalancea con una educación que muestre lo que está pasando y a la vez promueva el desarrollo de las facultades que están deteriorándose, lo perdido será el ser humano” (Ernesto Sabato)

Y, para que no acontezca, hoy, más que nunca, considero que lo esencial es provocar la inteligencia y la libertad de los jóvenes para que reconozcan que “son dignos de descubrir el mundo”, según la inolvidable imagen con la que Albert Camus fija la huella profunda y original que su maestro de básica había impreso en él. Y recuerda, conmovido, también el “cómo”, el método: “solo escuchaba con toda el alma algo que el maestro le leía con toda el alma”. El contagio, la comunicación de lo grande.

IV

En lo referente a mis asignaturas siempre me ha llamado la atención cómo se ha dado en mí “naturalmente y afectivamente” el gusto por la investigación como la modalidad para continuar un encuentro, es decir, para secundar y profundizar el impacto de un atractivo. Cautivada por la lectura de ciertos cantos de la *Divina Comedia*, querer conocer toda la obra de Dante, testimonio de su inagotable y genial interés por todos los aspectos de la realidad; deslumbrada frente a la bóveda de la Capilla Sixtina, desear encontrar al “hombre” Miguel Ángel y, de alguna forma, participar en la “agonía y el éxtasis” de su inmensa fatiga... y así, por Mozart, Dostoievski y... todos mis grandes amigos.

Porque no hay nada más impresionante que este juego dramático de límite y grandeza que es, en un cierto sentido, de todo hombre, pero, sobre todo, del artista. Alguien que ha vivido en los límites y condicionamientos de la vida, como cada hombre, permitiendo que, a través de todo esto, “descendiera en su obra el misterio inefable de la creación” (Mario Apollonio).

Solo algunos ejemplos, casi como pinceladas:

Dante Alighieri, florentino y medieval hasta los tuétanos (en su *Divina Comedia* nos involucra en la lucha entre el papa y el emperador, en las luchas partidarias de Florencia, en asuntos de ciudadanos de su tiempo que amaba o aborrecía...) sin embargo ¡nadie es universal como él!

¿Quién, de hecho, en algún momento, no se ha identificado con el primer terceto de su obra maestra?

“Nel mezzo del cammin di nostra vita/ mi ritrovai per una selva oscura, / chè la diritta via era smarrita”²

(¡Qué impresionante escuchar uno de nuestros alumnos de Atalaya citar lo, para relatar su experiencia!)

Y así ¿cómo no percibir el desafío de ese “nati non foste a viver come bruti/ ma per seguir virtute e canoscenza” de Ulises a sus compañeros, frente a toda situación que atenta en contra de nuestra dignidad humana?

Miguel Ángel, el escultor —juzgaba a la pintura como un arte menor, “buena para las mujeres”— concebía su arte, la escultura, como una lucha con la piedra para liberar la imagen cautiva en la materia. Sin embargo, frente a la “imposición” de Julio II, acepta “hacerse pintor” y derrocha belleza en la bóveda de la Sixtina, con un trabajo solitario e incansable de titán.

Van Gogh, en vida, vendió un solo cuadro y vivió en extrema pobreza y que, sin embargo, conmovido, pintaba, en los años de su reclusión en un hospital psiquiátrico, los pocos árboles que veía más allá de los barrotes, deseoso de “hacer un arte que lleve consuelo a los hombres...reconciliándolos con su destino”.

Mozart, que podía en ocasiones ser travieso y grosero pero que, cuando componía, era como un niño en las manos de Dios que le dictaba su música divina.

“¿Pero qué estamos buscando... el ser de Mozart? ¡No es suyo!” (Henri Gheon)

Concluamos, ahora, viendo el breve video, preparado para los alumnos del último curso de *Hitos del arte* que, a través de la belleza de las imágenes y de las estremecedoras notas del *Et incarnatus est* de Mozart, podrá expresar mejor que cualquier palabra, lo que he intentado comunicar.

² En medio del camino de mi vida me encontré en una selva oscura porque había perdido la recta vía

